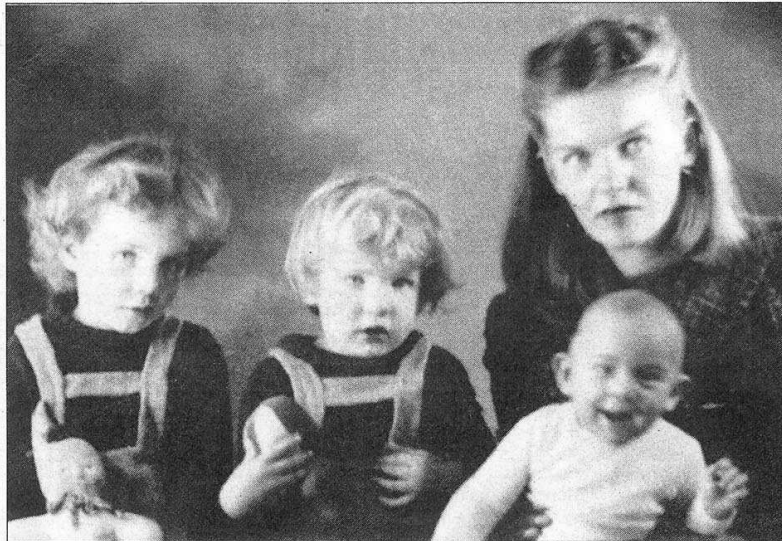




GALERÍA DE IMPRESCINDIBLES 134

MANUEL HIDALGO



La escritora canadiense Elizabeth Smart junto a tres de sus hijos. / LIBRARY AND ARCHIVES CANADA

ELIZABETH SMART

Se reedita la gran obra de la escritora canadiense

Arte, amor, hijos

Esas tres palabras, esos tres misterios, fueron la fuerza huracanada que movió la vida de Elizabeth Smart. Lo resume muy bien su tardía amiga y biógrafa Rosemary Sullivan (*Circe*), que la define como una «emperatriz de la feminidad». Una feminidad sustentada en esos tres pilares: sin concesiones, sin tregua, con entrega absoluta, con pasión sin límites. Y, en el caso del amor, con pulsión sexual descarnada, total.

Periférica reedita *En Grand Central Station me senté y lloré*. El libro me pasó totalmente desapercibido en 1996, cuando Lumen lo publicó con la misma traducción de Laura Freixas, impecable. Hace 15 días, su portada llamó mi atención en la librería del Thyssen, sobre una mesa, entre otros libros relacionados con la exposición *Lágrimas de Eros*, que acababa de ver. Eché un vistazo a las solapas y a sus páginas. Me sedujo en el acto. Lo compré. Es uno de los libros más fuertes, emocionantes, intensos y hermosos que he leído en mi vida.

En 1937, Elizabeth Smart tenía 23 años cuando entró en una librería de la londinense Charing Cross Road. Escritora de poesía desde su infancia, hojeó un libro de poemas de un tal George Barker. No lo conocía de nada. El libro no mostraba ninguna foto del autor. Aquella chica rubia y muy atractiva, decidió en aquel instante que aquel hombre, el autor del libro, iba a ser el amor de su vida y el padre de sus hijos. Y así fue.

Elizabeth Smart había nacido en Ottawa en 1913. Padre abogado, familia acaudalada, dos hermanos –chico y chica–, villa de verano junto a un lago, educación privada y esmerada. Gran futuro en la alta sociedad. Con 19 años ya había estado en Londres para estudiar piano, ahora viajaba por medio mundo y por Inglaterra como asistente de una importante líder y conferenciante de su país.

Volvió a Ottawa, se dedicó a escribir en prensa y comenzó a tramitar cómo conocer al tal George Barker. Se había enamorado de él por su poesía. No sabía que estaba casado.

Dejó Canadá y viajó por México, donde conoció a destacadas figuras del arte y de la intelectualidad –Frida Kahlo, Diego Rivera–

y donde vivió una pasión no tan corta con la pintora Alice Rahon.

Se trasladó a California, sin olvidarse de George Barker. Lo localizó por mediación de Lawrence Durrell. Barker estaba en Japón dando clases. Empezó una correspondencia con él, lo invitó a California. Barker aceptó la invitación y se presentó con su primera mujer, Jessica. Elizabeth y George comenzaron allí mismo su turbulenta relación. Elizabeth se quedó embarazada de su primera hija con Barker, Georgina. De ese momento (1941), terrible y feliz para ella, da cuenta *En Grand Central Station me senté y lloré*. George se volvió a Londres con su mujer. Elizabeth tuvo sola a su hija. Su familia impidió que el poeta la visitara. El segundo hijo, Christopher, nació casi al mismo tiempo en que Barker tenía gemelos con su esposa. Para entonces, Elizabeth, tras vivir de nuevo en Canadá y en Estados Unidos, había vuelto a reunirse con George en Londres, donde trabajaba en el Ministerio de Defensa, del que fue despedida por su embarazo. George y Elizabeth tuvieron dos hijos más, Sebastián y Rose, que moriría por su adicción a las drogas a los 35

DOS DELANTE

> 'PARTIR'

Me ha gustado la película de Catherine Corsini. Describe secamente una pasión sexual descontrolada y abocada al crimen. Una burguesa casada y un obrero, sí. Ella toma las riendas de su vida al tiempo que las pierde. La Scott-Thomas está muy bien, con el cuerpo suelto por el deseo satisfecho.

> FREDA / TORNATORE

Ocho y Medio ha editado *El cuarto mosquetero*, una divertida y breve conversación informal entre Giuseppe Tornatore y Ricardo Freda, ese director hoy de culto tras una larga y despreocupada carrera en la que cultivó sin miramientos todos los géneros populares.

años tras hacerla abuela. Fue el gran golpe en la vida de Elizabeth. George y ella nunca se casaron. George no quería divorciarse por ser católico. Tuvo 15 hijos con mujeres distintas. Su relación –aunque bajó en intensidad– duró hasta la muerte de Elizabeth, que, entre medias, tuvo amores episódicos con hombres y con mujeres. Como George, que también era bisexual. En los últimos años, Elizabeth gozó de la amistad y del cariño de la novelista Elspeth Barker,

Cuando tenía 23 años hojeó una obra de George Barker y, en ese instante, decidió que era el hombre de su vida

Sacó adelante a sus hijos con penurias económicas trabajando de periodista en diversas publicaciones

la última mujer de George, que lo suavizó un poco.

Barker, según su biógrafo Robert Fraser, era un tipo insufrible. Escribió 19 poemarios. El primero lo publicó con el apoyo de T.S. Eliot. Brillante, ingenioso y profundo, era también egocéntrico, egoísta, colérico, misógino y alcohólico. Elizabeth entró en el alcohol, definitivamente, con él. No le gustaba trabajar salvo en sus libros. Vivía del dinero de los demás. Le gustaban las mujeres, las fiestas y las vacaciones permanentes. Dejaba a sus hijos al cuidado de sus madres. Elizabeth y George se quisieron y se pelearon a lo largo de más de cuatro décadas. Una vez, ella le partió el labio, durante una disputa, de un mordisco.

Elizabeth –con algunos regresos a Canadá– vivió casi todo el tiempo en Inglaterra, cerca de George. Sacó adelante a sus cuatro hijos con muchas penurias económicas, trabajando de periodista en diversas publicaciones. Era experta en jardinería. En 1966 se retiró a una granja en Suffolk y volvió a escribir literatura, que fraguó en varias colecciones de poemas y prosas. No escribía –salvo sus diarios, publicados póstumamente– desde que, hacia 1943, redactó *En Grand Central Station me senté y lloré*, publicado dos años después sin apenas éxito hasta su reedición en 1966.

La madre de Elizabeth impidió que el libro se publicara en Canadá. Compró y quemó los ejemplares que entraban clandestinamente. La madre, Louise, fue el gran trauma de la vida de Elizabeth. En su vejez, todavía tenía pesadillas con ella y la llamaba a gritos mientras dormía.

«El amor es mi única carta: lo apuesto todo a ella», dice la narradora, una mujer joven y embarazada, sola a menudo en la habitación de un hotelucho, esperando la llegada de su amante, que vendrá. O que no vendrá porque está con su esposa. Es la situación básica de *En Grand Central Station me senté y lloré*, el poema en prosa más incandescente que he leído nunca. Dice mientras aguarda, envuelta en un diluvio de sangre y con el ruido de la guerra al fondo: «Cierro los ojos y tiemblo, esperando el paraíso: va a tocarme». Dice: «Con sólo una mirada él puede restaurarme». Dice: «Quiero ser buena, pero no servirá de nada». Dice: «Cada uno de los agujeros por los que me desangro me lo hizo él con un beso». Lo tengo todo subrayado.

Elizabeth Smart murió a los 73 años de un ataque al corazón, sentada en una silla, cuando se disponía a llamar por teléfono. En su tumba está escrito el verso de una oda de Horacio: *Non omnis moriar*. No moriré del todo. O también: «No estoy del todo muerta», como tradujo George Barker.